



EL DUQUE DE WHARTON

EL "PADRE" DE LA MASONERÍA EN ESPAÑA

UNA DE LAS ARISTAS MÁS RELEVANTES DE LA COMPLEJA Y CONTROVERTIDA BIOGRAFÍA DE ESTE "ENFANT TERRIBLE" DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XVIII FUE SU PAPEL DESTACADO TANTO EN LOS ORÍGENES DE LA MASONERÍA EN INGLATERRA, COMO EN SU INTRODUCCIÓN EN ESPAÑA. WHARTON FUE EL FUNDADOR DE LA PRIMERA LOGIA MASÓNICA EN NUESTRO PAÍS.

DAVID REVELLES *Periodista.*

LA FIGURA DEL DUQUE DE WHARTON, bello, generoso, elocuente, erudito, inteligente, ambicioso, mentiroso, pillo, ladrón y borracho, como lo califican los historiadores de la nación inglesa, bien merece, como padre de nuestra masonería, un capítulo aparte". Con estos calificativos describía un artículo publicado el 5 de febrero de 1947 en el diario falangista *Arriba* al duque de Wharton (1698-1731). No son las únicas lindezas que el autor de la reseña, un enigmático Jakim Boor, dedicaba al fundador de la primera logia masónica en España durante el primer tercio del siglo XVIII: "La implantación de la masonería en España coincide con su decadencia. En 1728

Wharton fundó la primera logia en Madrid, bajo obediencia de la Gran Logia de Londres".

Boor añade sobre él: "Aunque se convirtió al catolicismo antes de su muerte, todos los atractivos y los vicios eran atesorados por este personaje" y asegura que éste "se casó en segundas nupcias en España con Teresa O'Byrne, hija del coronel del regimiento irlandés Hibernia, y fue herido frente a Gibraltar combatiendo contra sus compatriotas al tiempo

que Inglaterra lo repudiaba por traidor". No hay que esforzarse demasiado para detectar en esta somera biografía buenas dosis de inquina y menosprecio, actitudes que, proyectadas hasta el extremo hacia la masonería, forma- ▶▶

Wharton fue calificado como "inteligente, ambicioso, pillo, ladrón y borracho".

El duque de Wharton / El "padre" de la masonería en España

La muerte de su hijo, con apenas 12 meses, descorchó en su mente un resorte amordazado. Wharton decidió reconducir su vida hacia el abismo.

ron parte de la gran fobia obsesiva de la persona real que se escondía tras el seudónimo Jakim Boor. Porque el autor de esos renglones no era otro que, en palabras del periodista y experto en masonería Xavi Casinos, "quizás, el mayor perseguidor de la masonería en toda su historia": el dictador Francisco Franco Bahamonde.

UN GENIO PRECOZ

Lo cierto es que la obcecación de Franco con el noble inglés, a quien culpaba de la introducción de la masonería en nuestro país, siempre estuvo presente en la mente del dictador. Pero, ¿quién fue en realidad el duque de Wharton y qué razones llevaron al Caudillo a catalogarlo como el origen "de todas las desgracias patrias"?

¿Cuál fue su papel en los primeros pasos de la masonería especulativa a principios del siglo XVIII? Una primera aproximación al personaje evidencia sin mucho esfuerzo lo complejo y contradictorio de su biografía, la de un personaje camaleónico que vivió varias vidas en una. Epicúreo contumaz capaz de dilapidarse en una década la herencia familiar, de personalidad narcisista y una predisposición patológica a estar siempre en el ojo del huracán, fue también un prolífico escritor, refinadamente culto y de humor mordaz, además de un orador magistral.

Bryan Dale, uno de sus biógrafos, lo definió como "inestable, compulsivo, sin principios religiosos o morales, un ilustre pero melancólico ejemplo de las mayores habilidades y las más flagrantes indiscreciones que jamás se hayan encontrado en una misma persona". Dale subraya la variabilidad de los posicionamientos del duque, sobre todo desde el punto de vista político. Y es que si bien Wharton se posicionó desde joven a favor del bando jacobita (los partidarios de la restitución al trono de Inglaterra y de Escocia de la dinastía católica de los Estuardo, encabezada por el exiliado Jacobo III), en muchos otros momentos de su vida abogó abiertamente por la dinastía protestante de los Hannover representada por Jorge I. Atendiendo a semejante personalidad compulsiva y díscola, a nadie extraña que su amigo Alexander Pope lo definiera en sus *Ensayos morales* como "escarnio y maravilla de nuestros días".

La transmutación política de Philip Wharton (1698-1731) coincidió con un escenario personal que, lejos de moderar la vida bohemia y sin freno del duque, aceleró más, si cabe, su congénita tendencia a los excesos. Tras su regreso de Irlanda a principios de 1718, Wharton llevó a su casa a su joven primera esposa, Eliza Haywood, sin que eso supusiera, como matiza Lewis Menville, autor de la obra *The life and writings of Philip Duke of Wharton* (Londres, 1913), "que el amor presidiera esta unión", a pesar del nacimiento, el 7 de marzo de 1719, del único hijo de la pareja. La llegada del pequeño atemperó el carácter y los hábitos del duque, hasta que la fatalidad se cruzó en su vida: el bebé murió el 1 de marzo de 1720, con casi 12 meses.

La muerte de su heredero descorchó en la mente del duque un resorte amordazado que, ante la tragedia,

volvió a reconducir su existencia hacia el abismo con un ritmo de vida dominado por el alcohol, el desenfreno sexual y el dispendio salvaje, lo que mermó su ya carcomida economía. Curiosamente,

la vinculación del duque con la masonería corresponde también a esta época.

Como recuerda el historiador británico Matthew Scanlan, "en el verano de 1721 se hizo masón, algo evidente para todo el mundo porque, tras su iniciación, volvió andando a su casa vistiendo aún su blanco delantal". Sin embargo, a pesar de su recién inaugurada vinculación con la hermandad, la ambición de protagonismo y poder de Wharton no conocía límites.

Tras la reelección, a principios de 1722, del duque de Montagu como Gran Maestro, Wharton dio su particular golpe de estado dentro de la logia: convocó una asamblea y se hizo proclamar Gran Maestro, una elección que no contó con la aprobación de las logias regulares. "Su elección como Gran Maestro creó una profunda división en el seno de la masonería inglesa debido a su mala reputación —explica el escritor y experto en masonería Josep Brunet— y a que la decisión de nombrar grandes maestros entre la nobleza perseguía la aceptación y prestigio de la masonería en la sociedad inglesa, todo lo contrario de lo que representaba el nuevo dirigente". Montagu, con el ánimo de evitar la confrontación, dimitió de su cargo a favor de Wharton, quien asumió sus funciones como cabeza máxima de la masonería hasta el 24 de junio de 1723. Sus días de gloria en la ma-

▼ COLLAR DEL RITO "ANTIGUO" de la masonería, originario de las islas británicas. Wharton llegó a ser Gran Maestro entre 1722 y 1723.



Marcado por una trayectoria vital trufada de desórdenes políticos y excesos personales, fue a Madrid a promover la causa de los Estuardo.

sonería inglesa estaban contados: expulsado con deshonra del gremio, aprovechó su debacle para crear la sociedad secreta de los Gormogones.

VIENA, MADRID... EL CAMINO DEL EXILIO

Corría febrero de 1725 cuando, endeudado, marcado por una trayectoria vital trufada de desórdenes políticos y excesos personales, Wharton abandonó Inglaterra para abrazar de forma pública la causa de Jacobo III. Puso entonces rumbo hacia la corte de Carlos VI de Austria (que una década antes había perdido la Guerra de la Sucesión en España contra Felipe de Borbón) con un único objetivo: convertirse en el nexo entre el apoyo austriaco a la causa del *Chevalier* Estuardo, quien había puesto toda su confianza en su joven agente. "La corte vienesa estuvo encantada de escuchar a Wharton como representante jacobita, sobre todo después de que el barón de Ripperdá hubiera presentado a los jacobitas como un magnífico argumento a emplear en una posible guerra contra Inglaterra", señala Scanlan.

En semejante escenario de intrigas y dobleces diplomáticas, Wharton se movía como pez en el agua, un entorno propicio que aprovechó para tocar a todas las puertas interesadas en ayudar a la causa estuardista, desde la corte de Viena y la rusa, pasando por Francia y hasta llegar a la española. Fue entonces cuando Wharton recibió la orden directa de Jacobo

III de dirigirse a Madrid con la misión de promocionar la restauración del Estuardo. Un prometedor horizonte se dibujaba para el joven duque en territorio español, aunque la fortuna le guardaba una sorpresa.

El proyecto de Wharton para restaurar al Pretendiente fue descubierto por Inglaterra, de tal manera que el 2 de mayo de 1726 el duque recibía una carta del mismísimo Jorge I con la conminación de regresar a Inglaterra en el plazo de un mes, ya que "no caer en la pena y peligro que dimanaría de su desprecio o negligencia a esta orden". El duque ignoró la orden y marchó a la corte estuardista en el exilio, en Roma, lo que selló su destino como desterrado. En medio de este carrusel de acontecimientos, el intrépido aristócrata decidió casarse por sorpresa con María Teresa O'Neill, hija del coronel del regimiento irlandés *Hibernia* y dama de ▶▶



▶ CONSTITUCIONES DE LA FRANC-MASONERÍA. Londres fue uno de los focos masones de Europa.

DE MASÓN A GORMOGÓN

DESPUÉS DE LA CONTROVERTIDA ELECCIÓN de Wharton como Gran Maestro de los masones ingleses en 1722 y su posterior sucesión y enfrentamiento con uno de los barones de la sociedad como era John Th. Desaguiliers, uno de los *padres* de las *Constituciones de Anderson* -compendio normativo de las logias masónicas publicado en 1723-, al duque no se le ocurrió otra estrategia para contrarrestar que fundar, en 1724, la orden secreta de los Gormogones. "Instituida por Chin Quaw Ky-Po,

el primer emperador de China, mil años antes de Adán", el carácter burlón de Wharton resumaba en una orden en la que ningún masón podía ser admitido sin antes haber sido sometido a una ceremonia en la que debía "ser degradado según las reglas". Matthew Scanlan señala que "el gran objetivo de los Gormogones no era otro que ridiculizar a los masones", una ofensa que éstos no dejaron pasar: sus antiguos hermanos quemaron solemnemente el mandil de Wharton y sus guantes.

Wharton quiso burlarse de la masonería recuperando una orden "creada por el emperador de China".

El duque de Wharton / El "padre" de la masonería en España

El libro de Actas de la Gran Logia de Inglaterra señala a España como la primera nación del continente que solicitó fundar una logia regular.

honor de la reina de España. Las nupcias no habrían generado ninguna polémica –el 14 de abril de 1726 Wharton había conocido la muerte de su anterior esposa– de no ser porque también se convirtió al catolicismo, un cambio de fe que indignó al Pretendiente, quien a partir de ese momento dejó de contar con sus servicios.

LA LOGIA DE LA CALLE SAN BERNARDO

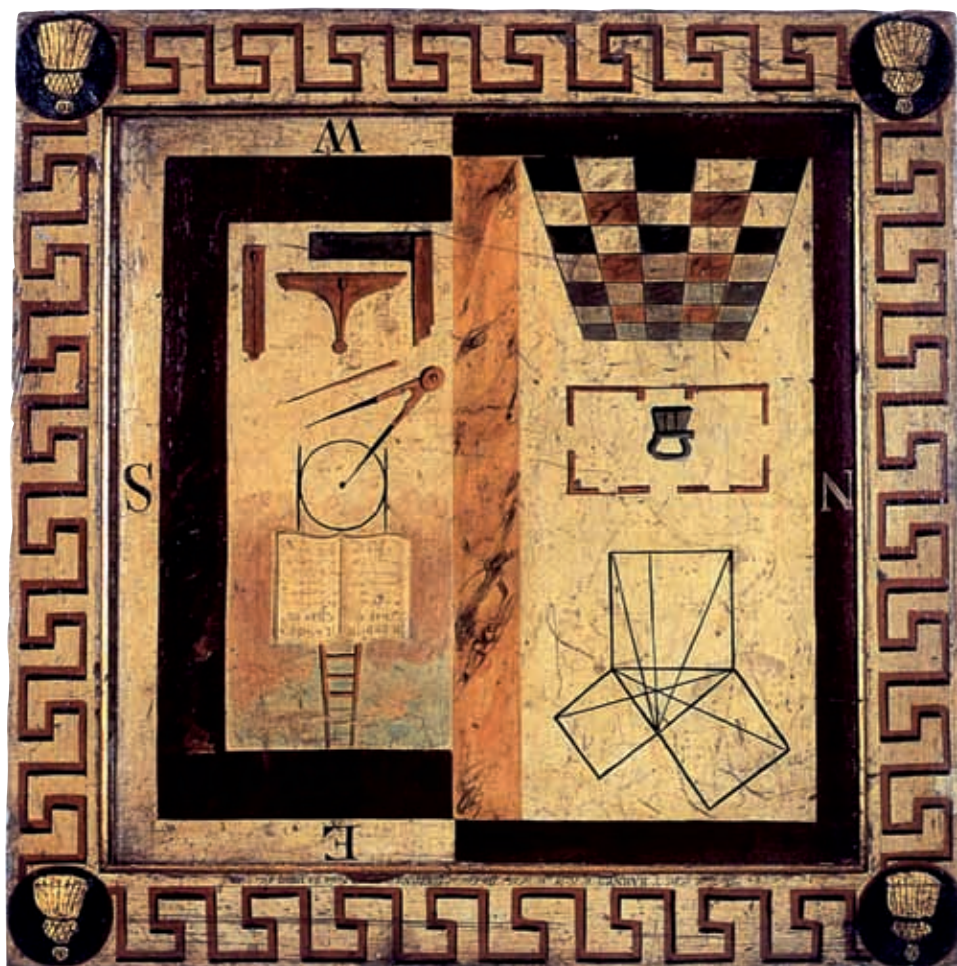
No fueron buenos tiempos para un duque que, arruinado y cada vez más solo, no tuvo otra opción que incorporarse al regimiento *Hibernia*, con el que participó en el sitio de Gibraltar de 1727. Tras sufrir una herida durante el asedio, fue autorizado a dirigirse a Madrid. Sería durante su estancia en Madrid, en febrero de 1728, cuando Wharton auspiciaría la fundación de la primera logia masónica española y del continente europeo. Como explica José Antonio Ferrer Benimeli, profesor titular de Historia Contemporánea de la Universidad de Zaragoza y máximo experto español en masonería, en su obra *Masonería, iglesia e Ilustración*, "el libro de Actas de la Gran Logia de Inglaterra señala a España como la primera nación del continente que solicitó fundar una logia regular".

Esa primera logia masónica tuvo como sede la fonda francesa llamada De Lys, donde estaba alojado Wharton y que se encontraba en el 17 de la calle San Bernardo, esquina con la calle de la Garduña, muy cerca del actual Palacio Real. Como explica el periodista Xavi Casinos, "los historiadores conocen la logia con distintos nombres: Tres Flores de Lys, French Arms o Matritense". Al respecto de la actividad de la primera logia española, el historiador Matthew Scanlan explica que, "según consta en el libro de Actas de la Gran Logia de Inglaterra, el 17 de abril de 1728 se leyó la carta del 15 de febrero que anunciaba su creación por el duque de Wharton, Charles Ladrige, Thomas Hatton, Eldridge Dinsdale y Andrew Galloway". Los miembros de esta primera logia eran todos ingleses residentes en la capital. De hecho, como apunta este experto, fueron estos y no Wharton, quien tan sólo actuó como delegado de la Gran Logia de Inglaterra, los que propusieron la fundación de la logia, quizás especialmente debido a la iniciativa de su Gran Maestro, Charles Ladrige, quien en 1725 había sido miembro de la logia londinense Salomon's Temple Lodge".

Dos factores sobresalen de la primera logia española: en primer lugar, la sorprendente presencia del duque entre sus miembros, sobre todo tras su exclusión de la masonería en 1723 y la fundación de la sociedad antimasonica de los Gormogones; en segundo término, la ubicación de la logia en San Bernardo, un barrio popular entre los exiliados estuardistas irlandeses y escoceses, así como su propia configuración, con notables jacobitas. Respecto a la primera cuestión, a pesar de lo contradictorio, no lo es del todo atendiendo a la caprichosa y variable trayectoria vital del duque. Más desconcertante si cabe es la naturaleza de la logia: abiertamente estuardista a tenor de la trayectoria de la mayoría de sus miembros, una certeza que refrendan expertos en jacobitismo como la historiadora Eveline Cruickshanks.

MUERTE EN ESPAÑA

Tras su paso por España, los últimos años del duque fueron de todo menos fáciles. Defenestrado y abandonado por sus va- ▶▶



◀ LA MASONERÍA DEL SIGLO XVIII tomó prestados muchos elementos de los constructores de catedrales.

¿DESCANSO ETERNO EN POBLET?



LOS PASOS DEL PADRE PRIOR RECORRIENDO EL CLAUSTRO del monasterio cisterciense de Poblet, en el municipio catalán de Vimodó y donde reposan los restos de los reyes de la Corona de Aragón, son briosos y hacen tintinear el manajo de llaves que cuelga del costado derecho de su hábito oscuro. “Es por aquí, señala decidido y sin abandonar su enérgico caminar. Quedan atrás la sala capitular, el refectorio y el monótono susurro de la fuente de su magnífico claustro, donde dos enormes cipreses pendulean al compás del viento. Tras llegar a la iglesia y abrir una puerta lateral, la voz del prior trompetea anunciando el final de la búsqueda: “Aquí está”, celebra mientras señala una desgastada lápida de arenisca pegada a uno de los costados de la girola exterior de la iglesia.

Aunque el paso del tiempo y el azote de los elementos han sido implacables con la inscripción latina, la identidad del personaje que reposó bajo este postrero sudario de piedra aún puede leerse: “Aquí yace Philipus, caballero de San Jorge, duque de Wharton, que murió fiel a la iglesia católica romana el día 31 de mayo de 1731”. “Es una de las tumbas más curiosas del monasterio y eso que aquí hay enterrados reyes y nobles de alta alcurnia”, apostilla con voz cantarina el sacerdote. Pero, ¿qué circunstancias llevaron al aristócrata inglés a terminar sus días en este monasterio cisterciense? Una primera aproximación bibliográfica al personaje desvela el epílogo a su azarosa vida: según relata Toda y Güell en su *Curiositats de Poblet. Un aventurer enterrat a Poblet* (Butlletí Arqueològic Tarraconense, julio-agosto 1922), corría el año 1731 cuando, integrado en el regimiento irlandés *Hibernia* del ejército borbónico, Wharton cayó gravemente enfermo de

unas fiebres en las proximidades de Esplugues de Francolí. En esta población, donde tomó sus terapéuticas aguas minerales, Wharton recobró fugazmente la salud, pero su mejoría se esfumó en la cercana Poblet, donde los monjes lo acogieron hasta sus últimos instantes de vida. Esta se agotó, según las crónicas, vestido con el hábito cisterciense. Así, entre burlón y cínico, abandonaba la escena el camaleónico duque.

Pero Wharton, como siempre hizo en vida, guardaba un as en la manga, un inesperado resquicio de provocación. Sucedió en 1952, cuando Francisco Franco visitó Poblet. La mera memoria de los huesos del duque reposando entre los muros del monasterio fue suficiente para agujonear, con la misma urticante erupción que provocan los bufones, al dictador. Como recuerda José Antonio Ferrer Benimeli, “hasta 1952, la sepultura de Wharton estuvo delante del altar del Santo Sepulcro, pero con motivo de la visita de Franco y su petición expresa al abad, su tumba fue trasladada fuera de la muralla”. El abad le obedeció a medias, “trasladando a lápida, en la que apenas puede leerse el nombre de Felipe de Wharton, al cementerio particular de los monjes, frecuentemente visitado por masones conocedores de esta historia”, como recuerda el periodista Xavi Casinos en su libro *Franco contra los masones* (MR Ediciones). Ahí sigue, a un paso del silencio perenne del claustro de Sant Esteve, amortajada por un sudario de parietaria y hortensias azules. Un recuerdo en piedra que susurra los últimos versos que Alexander Pope le dedicó, y que son casi un epitafio:

“Él murió expulsado de toda Iglesia y de todo Estado. / ¡Y aún mucho más! Como un villano y no como un grande. / ¿Os habéis preguntado por qué Wharton quebró todas las reglas? / Fue por temor de que los malvados lo llamaran loco”.

En su visita a Poblet,
Franco solicitó al abad que
trasladara la tumba de
Wharton fuera de la muralla.

El duque de Wharton / El "padre" de la masonería en España

Asediado por sus deudas, el embajador Walpole propuso a Wharton que solicitara clemencia al rey de Inglaterra, el protestante Jorge II.

ledores estuardistas y asediado por sus acreedores, Wharton, con arrojo y cinismo, lanzó un último órdago a los dirigentes hannoverianos: tras entrevistarse con el embajador en París, Horace Walpole, solicitó una reconciliación con la dinastía inglesa. La respuesta de Jorge II fue clara: la única vía de recibir el perdón era volver a Inglaterra, rendirse y entregarse a la misericordia del Rey. Sólo entonces el orgullo de Wharton se rebeló: no sólo no se arre-

pintió sino que redobló sus críticas a Walpole y al rey desde diarios como el *Saturday's Post*, lo que le acarrió ser declarado proscrito y la confiscación de sus propiedades. Su situación económica cayó en barrena a partir de ese momento, de tal manera que sólo su puesto en el regimiento *Hibernia* parecía ofrecerle una salida honrosa.

Desde Nantes, Wharton y su esposa embarcaron rumbo a Bilbao, donde el aristócrata se enteró del estaciona-

miento de su regimiento en Lleida, hacia donde se dirigió. Integrado en la disciplina militar, Wharton cayó entonces gravemente enfermo. En apenas tres semanas, su estado de salud empeoró hasta que, en las cercanías del monasterio de Poblet, murió a la temprana edad de 32 años. Acababa así, ironías del destino, en la ascética quietud monacal de Poblet, la azarosa, hedonista y tormentosa vida del duque de Wharton, el gran funambulista. ▀



La vía de perdón era entregarse a la misericordia del rey. Wharton se rebeló y se alistó en el regimiento irlandés de Felipe V de España.

SUGERENCIAS

SUGERENCIAS

- Bryan Dale, *The Good Lord Wharton* (Paperback, 2007).
- Matthew Scanlan, "Philip 1st Duke of Wharton: freemason and jacobite conspirator", en *La Masonería en Madrid y en España del siglo XVIII al XXI*, Symposium Internacional de la Historia de la Masonería Española, editada por el Gobierno de Aragón (2004).
- José Antonio Ferrer Benimeli, *Masonería, iglesia e Ilustración* (Fundación Universitaria, Madrid, 1986).

UN ASIDUO DEL HELL-FIRE CLUB

TRAS LA MUERTE DE SU ÚNICO HIJO en marzo de 1720, Wharton inició una de las etapas de su vida en las que sus ya de por sí habituales excesos tomaron, si cabe, un cariz más salvaje. Fue entonces cuando se convirtió en presidente de uno de los tres Hell-Fire Club de Londres, "una asociación maldita a los ojos de la gente respetable -recuerda Lewis Menville- por su profanación, inmoralidad y libertinaje". El biógrafo de Wharton señala que alrededor de "una cuarentena de personalidades de ambos sexos y de la alta sociedad se daban cita en tres viviendas, una en Somerset House, otra en Westminster y otra en Conduit Street, cerca de Hanover Square". Según Menville, los miembros del club "adoptaban nombres de patriarcas, profetas y mártires, ridiculizando en sus encuentros las doctrinas de la Trinidad o los misterios de la religión católica", aunque como él mismo se encarga de matizar, "el nombre del club fue la peor de sus prácticas ya que, de hecho, es más que probable que fuera deliberadamente escogido para escandalizar a los santurriones". En cualquier caso, fueran cuales fueran los usos y costumbres de los concurrentes a la infernal asociación, el escándalo que generó entre la sociedad londinense provocó que el mismísimo rey Jorge I publicara, el 20 de abril de 1721, una declaración formal de supresión de éste y otros clubes similares y contra toda persona sospechosa de formar parte de sus prácticas.



▲ VISTA DEL TÁMESIS Y DE LONDRES en el primer tercio del siglo XVII. A la izquierda, panorámica actual de la abadía de Pobleto, donde reposan los restos de Wharton.